

cipio, aptitudes considerables de crítico. Un libro de *Viajes por España*, escrito con amor, con delicioso conocimiento, con recogido e insinuante estilo, fijó una fecha en el desarrollo de su personalidad. La calidad de un escritor suele reconocerse, más que en ninguna otra, en esta peligrosa hazaña: el libro de viajes. Los límites se pierden pronto, en efecto, dentro de él para quien se deja conducir por la velocidad de sus curiosidades o por su ímpetu. Bellos como una aventura, los libros de viaje que no son un viaje a su vez son, casi siempre, o un desencanto del espíritu o un fracaso de la imaginación. Manuel Toussaint supo conservarse en el suyo más allá de la timidez pero no más allá de la prudencia. Su obra, llena de ese juvenil entusiasmo del viajero que no es todavía un erudito, se complace sin excesos en recrear, para un público ilustrado, los paisajes y las costumbres de la España que amó y lo logra a menudo sin eludir los compromisos de su propio deleite, con un fino egoísmo estético, a lo Stendhal. Como Alfonso Reyes, Torri, Caso, y en parte, el mismo José Vasconcelos, Manuel Toussaint y Carlos Díaz Dufóo hijo se habían dejado modelar por la disciplina intelectual de Pedro Henríquez Ureña, pero, en tanto que Manuel Toussaint seguía de cerca los pasos de Alfonso Reyes, Díaz Dufóo se encontraba más íntimamente ligado con el talento paradójico y sutil de Julio Torri. De allí el tono y la temperatura de *Epigramas*, el único libro que se